

CAPÍTULO LVI

LA SEGUNDA PARTE DEL QUIJOTE

“Don Quijote de la Mancha—decía Cervantes al enviar sus comedias al conde de Lemos—queda calzadas las espuelas en su Segunda Parte para ir á besar los pies á vuestra excelencia. Creo que llegará quejoso, porque en Tarragona le han asendereado y malparado, aunque, por sí ó por no, lleva información hecha de que no es él el contenido en aquella historia, sino otro supuesto que quiso ser él y no acertó á serlo.”

A cinco de noviembre de 1615 está fechada la aprobación en que el Doctor Gutierre de Cetina hacía constar sencillamente que “es libro de mucho entretenimiento lícito, mezclado de mucha Filosofía moral.” El hecho de que transcurrieran tantos meses como van de marzo á noviembre entre las aprobaciones firmadas por el licenciado Márquez de Torres, á quien comisionó el doctor Gutierre de Cetina, como Vicario General y por el P. Josef de Valdivielso, que examinó la obra por comisión y mandado de los señores del Consejo, hace suponer que todo el verano se pasó en la composición topográfica y corrección de los setenta y tres pliegos del libro. Terminada la corrección á 21 de octubre y dada la licencia en 5 de noviembre, la segunda parte del *Quijote*, debió de salir en los primeros días del mes de los Santos de 1615.

Al verle en las librerías, Miguel respiró contento. Era mucha la priesa que de infinitas partes le daban y mucha más la que él sentía de sacarle á luz “para quitar el hamago y la náusea,” que el falso Quijote de Avellaneda había causado, según el mismo

Cervantes decía en su dedicatoria al conde de Lemos, fechada á último de octubre.

Aquel de 1615 fué el último otoño de Cervantes y quiso la suerte que, por ser el último, fuese el más glorioso de su vida. Enfermo y achacoso, pero no rendido por la enorme carga de trabajo que sus ancianos hombros sostenían, la enfermedad, lejos de empañarle sentidos y mente, se los aguzaba de tal modo que le permitía gozar su obra, recrearse en ella y anticiparse para sus adentros la gloria venidera. Como á esposa legítima y fiel amaba á la historia de Don Quijote, como á amante apasionada de las que tal vez alegran los otoños de los viejos amadores, á la historia de Persiles y Sigismunda.

Los demás amores y pasiones de la tierra, para él se habían desvanecido y así como á muchos viejos robustos les pasa, sus pupilas se habían aclarado tornándose de azules en cenizas y su visión había ganado mucho, trocándose de miope en présbita. Ya Miguel no veía bien más que las cosas grandes y lejanas: le molestaban más las miserias y pequeñeces, porque las sentía y no las veía, y así le pasó con el *Quijote* falso, que le enfurruñó y escoció como un sarpullido ó un ataque de viruelas á la vejez, pero sin que llegara á hacerse bien cargo ni de quién era su autor, ni de cuáles eran su alcance y sus efectos. Generoso, perdonaba aquí, y olvidadizo atacaba acullá al encantador invisible que había acertado á amargarle los últimos días de la vejez y á sacarle de su beata ecuanimidad: luego hacía esfuerzos para no volver á acordarse del malhechor y no podía.

Un joven á quien roban cualquier prenda ó joya de estima, pronto se distrae del sentimiento que la pérdida le causa, pero un viejo robado, aunque sea tan grande como Goethe ó como Cervantes, nunca perdona del todo.

Era entonces Miguel un viejecito alegre y bonachón: las cosas pequeñas del mundo, las cosas que de cerca le tocaban, como ya se ha dicho, apenas las veía. Su mujer, su hermana, su sobrina, su hija habían entrado ya hacía tiempo en este número de las mendencias invisibles. La vida, para él, no ofrecía ya las dificultades pasadas. Bien claro da á entender, con su espléndida gratitud, que

ni el conde de Lemos, desde Nápoles, ni don Bernardo de Sandoval, desde Toledo, le tenían olvidado, antes bien, uno y otro menudeaban sus liberalidades. El viejo amigo y paisano Francisco de Robles el librero no le hubiera dejado tampoco volver á las estrechezas antiguas, pues harta cuenta le tenía estar bien con un autor tan productivo: fuera de que no hemos de creer á los liberos dotados de peores entrañas que el resto de la humanidad. Con literatos debía de tratar poco. De su casa no saldría sino á lo más preciso.

La enfermedad iba trabajando, sorda, la robusta naturaleza del anciano. Y, ¿qué es lo que padecía? Observad cómo los grandes fenómenos de la Historia se repiten y cómo en las cimas de la humanidad brillan siempre las mismas luces. La última dolencia y angustia de que se quejó Cervantes era también la última de que se lamentó Jesucristo en la Cruz. Tenía sed. ¡Qué poco trabajo cuesta el hallar elocuentísimos simbolismos en las cosas naturales! Fácil sería aquí decir que la sed de Cervantes no era solamente física, y que su andante Caballero no es sino una encarnación simbólica de la sed de bondad, de razón y de justicia que á la humanidad aquejaba entonces y sigue aquejando hoy. Nada tendría tampoco de forzado el aseverar que, si Cervantes apreciaba el *Persiles* por cima de todos sus demás libros, débese esto á que es *Persiles* un libro-fuente, un libro-manantial, que fluye, que corre, que refresca, así como agua de arroyo claro poco honda, y por esto le agradaba tanto á su autor, que en él, con más facilidad y soltura y fluidez que en ningún otro de los suyos, seguía trabajando sin cansarse, sólo con dejar suelta á la fantasía y ayudada por la imaginación reproductora, hacerla hablar de cosas añejas, lejanas, como las que veía tan bien con sus ojos cansados.

Al terminar la segunda parte del *Quijote* y proseguir rematando, puliendo y acicalando el flamante *Persiles*, se encontró Cervantes en esa situación que á todos los grandes artistas les llega con la vejez, y de que él, por dicha suya, no supo darse cuenta, como no suelen percatarse ellos casi nunca. La maestría, la facilidad y ligereza alada en el concebir y en el expresar son ya para ellos tan grandes, y la facilidad en el imaginar tan enorme, que

les hacen perder los estribos, olvidarse de que tanto vale lo que se calla como lo que se dice, y mayor y más definitivo arte hay en callar que en decir. Funesta es la facilidad de algunos jóvenes chirles: más lo es aún la ligereza y soltura de estos viejos *fa presto*, para quienes no existen obstáculos ni impedimentos en el pensar ni en el decir. Cervantes había llegado á la más alta cumbre á donde escritor alguno llegó: desde ella no cabía hacer otra cosa sino descender. El viejo ama la cuesta abajo: el viejo gusta de engañarse á sí mismo creyéndola cuesta arriba y afirmándose al bajarla en la ilusión de que para él no han llegado la senectud y el agotamiento, y de que aún son sus tropezones bríncos gallardos y sus caídas efectos del sobrante brío juvenil.

Por eso prefería Cervantes el *Persiles* al *Quijote*, no porque no tuviese, como alguien neciamente ha insinuado, conciencia absoluta del enorme é inmortal valor de su obra compuesta *para universal entretenimiento de las gentes*, según Sansón Carrasco; de su obra, cuya claridad y popularidad eran tales, que "los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran... unos le toman si otros le dejan; éstos le embisten si aquéllos le piden;" de su obra, de la que el mismo Don Quijote decía: "Treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares, si el cielo no lo remedia." El amor de Cervantes al *Persiles*, su último hijo, fruto de la fecundidad de su vejez, no le quitaba conocimiento de cuánto valía el *Quijote*. En todos los lugares citados y en otros muchos del *Quijote*, reconoce Miguel y hace constar la inmortalidad y la universalidad de su libro, mientras que el *Persiles* lo elogia sólo para el conde de Lemos, á quien probablemente gustó, en efecto, el *Persiles* más que el *Quijote*. "Con esto—son las palabras de Miguel—me despido, ofreciendo á V. Ex. los trabajos de Persilis (*sic*) y Sigismunda, libro á que daré fin dentro de quatro meses, Deo volente, el qual ha de ser, ó el más malo ó el mejor que en nuestra lengua se haya compuesto, *quiero decir de los de entretenimiento*, y digo, q̄ me arrepiento de haber dicho el más malo, porque según la opinión de mis amigos, ha de llegar al extremo de bondad posible."

¡El extremo de bondad posible! ¿No suena esto á las alabanzas que un padre viejo hace de su benjamín, sin olvidar en el fondo de su alma, el amor al primogénito, mozo honrado y fuerte que sostiene la casa? De la inmortalidad del *Persiles* no escribió Cervantes una línea sola: de la del *Quijote* se hallaba profundamente persuadido. El poeta amaba á la querida que en la vejez le deparó la suerte, pero sabía que no era ella quien había de salvar su nombre del olvido. Así es como parece justo entender este punto de la psicología de Cervantes, resuelto de plano por tantos escritores. No se puede creer en los genios inconscientes: retirada está ya en definitiva esa teoría romántica. Y si en alguna obra luce y brilla la más absoluta conciencia de cuanto el autor iba haciendo, es en la segunda parte del *Quijote*.

La segunda parte del *Quijote* marca, en cuanto al pensar y en cuanto al hacer, lo que puede llamarse *la segunda manera* de Cervantes: en ella el autor llega á vislumbrar y conocer las cosas y las personas en sus líneas y rasgos sintéticos y precisos. Ve de todo lo que vemos todos sin darnos cuenta, pero él lo ve haciéndose cargo y forzando á nuestra distracción y volubilidad á hacerse cargo. Para él no hay pormenor insignificante y si una vez se descuida ó parece olvidar algo, estad seguros de que lo ha hecho adrede, porque ello merecía descuidarse y desfumarse en una voluntaria dejación. Dice cuanto quiere decir, calla cuanto le importa callar, prescinde absolutamente del afeite retórico, aliña y adereza la frase con el pensamiento y no el pensamiento con la frase. No es un literato de los de su tiempo, ni de los de ningún tiempo.

Esta ficción vana y huera que bajo el nombre de *Literatura* ha venido por tantos siglos embaucando á la humanidad y que, por fortuna, va de capa caída en todas partes menos en Francia, donde apenas hay escritor cuya levita no tenga aire de casacón y en cuya cabellera no queden aún pegotes de polvos y restos de bucleado peluquín, no existe ya para Cervantes. A España estaba reservada la gloria, que nadie ha querido reconocerle, por la torpeza de sus hijos, de escribir antes que ningún otro país, con llana sinceridad, con naturalidad humana y de que el más grande

y genial de todos sus escritores nada tenga de *clásico* en el sentido académico, aparatoso y artificial de esta palabra terrible. Intentad empotrar á Cervantes en cualquier *gran siglo*, tan cómodamente como lo están en el de Luis XIV esos nobles señores de los casacones bordados y de las empolvadas pelucas que se llaman Racine, Fenelón, Labruyère, etc., etc., santos á quienes viene justa la hornacina, y veréis cómo los hombros del luchador, las piernas del caminante, los brazos del soldado y la noble cabeza, cuyos cabellos blanqueó solamente el polvo del camino, se salen del marco, le rompen, le resquebrajan. Afirmémoslo resueltamente y de una vez. Cervantes no es un literato, como Velázquez no es un pintor. La segunda parte del *Quijote* no es *Literatura* como no son *pintura* las *Meninas*. La naturaleza escoge á veces un hombre de estos para que pinte ó para que escriba, como escoge otro para que levante quinientas libras de peso y otro como el peje Nicolás para que nade veinte leguas sin cansancio y viva á su gusto bajo el agua.

Manoseadas, pero exactas, suelen ser las comparaciones pictóricas aplicándolas á la literatura. El Cervantes de la primera parte del *Quijote* es como el Velázquez anterior á las *Meninas* y al retrato del *Escultor*. La Naturaleza estaba poco á poco, porque ella no repentiza, elaborando, trabajando, perfeccionando los ojos y los cerebros del pintor y del poeta, para que llegasen á ver tan claro, como ella misma ve, y tan obscuro como lo hace, manejando á su antojo las luces y las sombras, pues para eso ella pinta con el sol y la luna en la paleta. Ni los pintores ni la pintura la importaban nada á Velázquez, como á Cervantes los literatos y la literatura, cuando el uno pintó *Las meninas* y el otro escribió el segundo *Quijote*. Reparad que puso el libro en manos de todo el mundo, niños, mozos, viejos, posaderos, caminantes, menos en manos de escritores de oficio. Hubiera pasado de aquel punto supremo Velázquez y se habría convertido en un *fa presto*, por el estilo de tantos como ha criado la fácil y alegre Italia. Pasó de ese punto no más que un paso Cervantes y fué un poco, no más que un poco *fa presto* en el *Persiles*, admiración de los literatos, no del vulgo, sabio infalible en sus juicios á *posteriori*.

Como en su soledad tenía ratos para todo, pensaba y examinaba atentamente el viejo Miguel su obra y le contentaba en extremo. Bien se le alcanzaba cómo en ella habían crecido y se habían ennoblecido hasta llegar á inmortales proporciones la acción y las figuras que la engendraban: y no porque la acción se complicase, pues, al revés que Lope, cada vez á Cervantes le interesaba menos la acción, le hacía menos falta para conseguir el resultado artístico. Véanse en esta segunda parte once capítulos de preliminar y preparación, en los cuales casi nada ocurre. Don Quijote va creciendo en locura discursiva, que es como decir, va haciéndose más amplio en sus miras, más grande en sus propósitos, más humano en sus proceder. Para más engrandecerle y sublimarle, crea Cervantes la única figura nueva de la fábula, el eje y quicio de su comienzo y de su conclusión, es decir, el sentido común, la lógica, el método, la prudencia pura, la razón seca, el frío discursar, encarnados en el bachiller Sansón Carrasco. ¿Habéis notado cómo se ríe el bachiller? Si lo habéis reparado, veréis de qué modo esa misma risa fría, aleve, socarrona, de quien está seguro de sí mismo, de quien se halla en posesión de la verdad, os sale al paso en són de burla ó de afectuosa despección ó de triunfante *conocimiento del mundo* en los labios de los razonadores, de los aprovechadores y de los establecidos, sesudos, sentados, acreditados y competentes siempre que intentéis cualquier generosa locura. El bachiller Sansón Carrasco no os pondrá en ridículo con una pública y sonora carcajada, pero os minará el terreno á vuestras espaldas y os desacreditará, si puede, con una suave sonrisa. No es malo, ó nadie cree que es malo: las más puras intenciones (aquellas de que está empedrado el infierno) y los más racionales propósitos le mueven. De una sola cosa parece enteramente convencido, y á esa convicción suya funestísima debemos el rebajamiento del carácter y de la intelectualidad en España. Esa convicción millones de veces la han formulado oradores y gobernantes, periodistas, seudofilósofos y seudopolíticos y ya ha formado costra en millones de cerebros: que la *teoría* es una cosa y la *práctica* otra muy distinta.

Sansón Carrasco es un buen hombre razonador y sensato que

no cree en la eficacia de las ideas, á las cuales llama locuras. Por combatirlas llega hasta lo sumo en cuanto de él puede esperarse: hasta arriesgar el pellejo, si bien, como fía en la robustez de sus juicios, confía asimismo en la de sus puños, y en ello, como en lo demás, se equivoca. No vayamos á decir que Sansón Carrasco está enteramente bien avenido con el orden de cosas: no es un burgués tan pacífico y enemigo de discusiones y alborotos como el caballero del Verde Gabán, porque es algo peor aún, puesto que él comprende el valor de las locuras nobles y las combate, conoce el ideal y le niega el auxilio de su brazo y procura soterrarle con todas sus fuerzas. Ante todo, es un espíritu conciliador y tolerante, que trata de poner una de cal y otra de arena para meter en razón á Don Quijote, y, en todo caso, para divertirse con él. No olvidemos, no olvidéis nunca en la vida que Sansón Carrasco y sus descendientes, no ménos Carrascos por lo desapacibles que Sansones por la fuerza que mandan, son muy amigos de divertirse, y para ellos la diversión suprema consiste en ver un idealismo caído al suelo y en contemplar á un idealista apaleado. Pero les queda en el fondo del alma un cazarismo temible, y en caso de ser ellos los apaleados, temedles, que ya se vengarán tarde ó temprano.

¿Véis claro desde el principio cómo ni el sentido vulgar y llano de Maese Nicolás, el barbero, ni la amable y superior filosofía del cura Pedro Pérez (uno de los antepasados de nuestro reciente y apacible amigo el abate Coignard), bastaban á que Don Quijote no renovase su locura, y cómo el desolador, el igualitario, el administrativo, el rapaterrón sentido común de Sansón Carrasco, máquina de esta Segunda Parte, eran suficientes para hacer morir á Don Quijote en la cama, dejando en pos los sueños de la gloria, sin volver hacia ellos la cabeza? ¿Os dáis cuenta de cómo para el contraste supremo de su obra comprendió Cervantes que no le bastaba la honrada simplicidad de Sancho, y por qué en la segunda parte Sancho es no menos loco que su amo, á sabiendas de que su amo lo está, y al serlo Sancho es más bueno, más humano, más dulce en sus costumbres, más ameno en sus palabras, ménos duro de mollera y hasta más valiente y resuelto? ¿Por qué

esto? Porque en el discurso de su trabajada existencia, había Cervantes visto que aun los Sanchos tienen buen natural, honrados prontos y de ellos se puede sacar mucho. *Todas nuestras locuras* — dice al capellán de Sevilla aquel loco graduado en cánones por Osuna, que afirmaba ser el Dios Neptuno — *proceden de tener los estómagos vacíos y los cerebros llenos de aire.*—Ya conocía Miguel á los locos del estómago vacío y del cerebro lleno de aire, y comprendía que no eran los causantes de los mayores daños los Sanchos hambrientos ni los Neptunos desvariados, sino los Sansones ahitos y razonadores, los que digerían y discurrían con perfecta regularidad á costa del hambre y de la locura ajenas.

Caballero y escudero — piensa con gran acierto el cura — se forjaron en la misma turquesa. Locos están los dos, el uno por la vaciedad de su estómago, el otro por la de su cabeza: y cuanto más locos, son mejores y más tiernamente se aman, hasta que, al final, queremos tanto al caballero del ideal, como al simple é inocente escudero, á quien, desde el confronto con la carreta de los comediantes llama Don Quijote "Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho cristiano y Sancho sincero.". Conmovera es también la amistad de Rocinante con el rucio. Hasta en este pormenor se ve el empeño de Cervantes en hacer desaparecer las asperezas del contraste, ya inútil, pues ya amo y mozo iban, sin saberlo, guiados por la mano oculta de su *racional* amigo Sansón, en cuyo nombre hemos de ver el símbolo de quien todo lo podía ya entonces, de quien todo lo pudo después y lo puede hoy: Sansón se llama la medianía, la socarronería amiga de divertirse y de pasar el rato sin cavilaciones hondas, Sansón se llama y Sansón es y comenzaba á serlo entonces, desde que, muertos los héroes del tiempo de D. Juan de Austria, vivían y triunfaban los medianos, como el duque de Lerma, á la sombra de los insignificantes, como Felipe III.

El imperio de las medianías comenzaba: y estas medianías no quieren á nadie, estas medianías son egoístas y ahorradoras, todo lo desean para sí, no saben pronunciar aquellas evangélicas frases de Sancho el bueno á su vecino Tomé Cecial: Mi amo "no tiene nada de bellaco; antes tiene un alma como un cántaro: no sabe

hacer mal á nadie, sino bien á todos: un niño le hará entender que es de noche en la mitad del día y por esta sencillez le quiero como á las telas de mi corazón y no me amaño á dejarle por más disparates que haga." Disparates ó no, de ello Sancho no se halla enteramente seguro y así responde á la tentación con que el sentido común le hurga, por boca de su vecino Tomé Cecial. Antes de esto, al tocar en las paredes del Toboso, al verse á punto de que se descubriese su invención de Dulcinea, un momento de humana, de bellísima y profunda flaqueza ha sobrecogido al escudero y también al amo. A tientas y á oscuras van caminando, temerosos de tropezar con la realidad. Ya están bien locos ó ya están cuerdos de remate, puesto que la verdad real y corriente les inspira pavor. Por eso Don Quijote deja que Sancho vaya solo, ansiando que Sancho invente alguna bien urdida mentira que sea bastante para tranquilizar su conciencia, para no cerrarle la ventana de las etéreas ilusiones con algún bulto grosero y material. ¿Hay nada más hondamente filosófico que el cambio ó encanto de Dulcinea, donde el caballero ve á la princesa como zafia labradora y el simple escudero quiere verla y finge verla como tal criatura sublime y delicada? La invención del encanto engrandece á Sancho Panza y le hace digno de la compañía y del amor de su amo. Sancho, al embaucar á Don Quijote, procede como hubiera procedido el divino Platón, y en su propio embaimiento llega á creerse sus mentiras y hasta á pensar con festiva melancolía, que es el colmo del humorismo, en la confusión y apuro de los gigantes y caballeros vencidos por Don Quijote cuando vayan á buscar á Dulcinea y no la encuentren.

Más ennoblece todavía á los dos la aventura con el caballero de los Espejos. Aquí Don Quijote supera y aventaja á todos los Amadis y Esplandianes, como superan y aventajan un lanzazo ó una cuchillada reales y efectivos á cuantos se dan en el papel. ¿Porqué no se habían de conquistar reinos y tierras de ese modo? ¿Habían pasado tantos siglos desde que hacían otro tanto Hernán Cortés, Pizarro, Alvarado y Valdivia?

Pero aun esta aventura no bastaba á hacer, de Don Quijote el verdadero caballero andante que es, más en la segunda parte que

en la primera. Llega la cima de la obra y el más alto punto de la resolución y denuedo del héroe con la aventura de los leones, seriamente emprendida por Don Quijote y seriamente contada por el poeta, en palabras que ni el mismo Homero emularía. Homero hubiese hecho salir de la jaula á los leones y hubiese pintado con maestría la lucha sangrienta. Cervantes, más humano, más verídico, pone en el pecho de su héroe todo el ánimo preciso para concluir la hazaña y en el momento más culminante de su locura le hace volver á la razón, no á la razón de Sansón Carrasco, sino al *nous* divino que gobierna los mundos, y le dicta estas sublimes palabras: — Cierra, amigo, la puerta y dame por testimonio... lo que aquí me has visto hacer: cómo tú abriste al león, yo le esperé, él no salió y volvióse á acostar. *No debo más, y encantos afuera, y Dios ayude á la razón y á la verdad y á la verdadera Caballería.*

¿Es posible hablar más claro ni significar de manera más patente quién es Don Quijote? La razón y la verdad son la verdadera caballería: la razón y la verdad que andan desamparadas y errantes por el mundo, apaleadas aquí, apedreadas allá, desconocidas de los tontos, perseguidas de los medianos Sansones, malpagadas y desagradecidas de todo el mundo y prontas á morir en el camino ó en la calle, en la pelea ó en la posada. Ese es Don Quijote y con épica homérica seriedad le pone su creador el mote más honroso, el de *caballero de los Leones*. Poco importa ya cuanto venga después. Suceda lo que quiera, Don Quijote se ha puesto frente al león, le ha provocado, ha sido capaz de vencerle. El intento vale aquí más que el hecho. La idea ha tenido eficacia bastante para persuadir, para abrir un surco hondo en el ánimo de quien atento considera la hazaña. Después de ser el caballero de los Leones, se puede ser todo lo demás sin desdoro.

Desde esta culminante escena, la fábula marcha cuesta abajo, por los senderos floridos, por los bosques umbrosos, por los puertos rientes. Ya Don Quijote es cuanto puede ser en la vida. Ya sólo le falta, como á su autor, aquella sublime espiritualización que da la cercanía de la muerte.

CAPÍTULO LVII

LA SEGUNDA PARTE DEL QUIJOTE (CONCLUSIÓN)

Componer un libro con protagonista, si este es de la fuerza y valer de Don Quijote, viene á ser algo así como una lucha, semejante al amor ó á la guerra entre iguales, donde no se sabe quién vencerá á quién. En la primera parte, Don Quijote vencía á su autor, le dejaba con el ánimo rendido, suspenso. Miguel era ya en 1604 el primer ingenio de España, pero aún le quedaba por doblar la cumbre de los sesenta años, aún no había hecho el duro aprendizaje de la corte. Lo que en ella se adquiere de experiencia y de conocer á los hombres, cuando el aprendiz tiene sesenta años, ya no le sirve á él para nada, pero si tiene una pluma en la mano, sirve á la humanidad futura. Lo poco que sabemos acerca de nuestra estancia en el mundo y de los modos mejores de hacerla llevadera, es decir, lo que suelen llamar filosofía, lo hemos aprendido no en nuestros desengaños de jóvenes, sino en las desilusiones y desesperanzas de unos pocos viejos que han tenido la caridad de escribirlas para que de los escarmentados nacieran los avisados. Nada hay más hermoso ni más útil que un viejo con ilusiones, que es como decir un viejo mozo, un viejo alegre, un viejo resuelto, sagáz, simpático. Las ilusiones, las esperanzas, fueron el único caudal de Cervantes, pero de ellas era tan rico y opulento que pasó con ellas más allá de la muerte y con esperanzas é ilusiones murió, sin exclamar ni siquiera como el justo: *Todo se ha consumado.*

En la primera parte, la fiereza y el brío con que van sucediéndose las aventuras y más aún, el miedo que su autor tenía de